

CAPÍTULO XVII. *De cómo estas gentes de esta Nueva España sacrificaron hombres al demonio, y se dice el origen de este sacrificio entre ellos*



LEGADO HEMOS A OCASIÓN de tratar esta materia de sacrificios hechos al demonio de criaturas racionales, los cuales, habiendo de ser tratados con la extensión que piden, no es posible reducirlos a la cortedad de un solo capítulo, pues el intento de todo lo dicho es en orden de tratar de éstos, en cuya comprobación se ha dicho de los que en los capítulos pasados se ha hecho relación; y no es de pasar en silencio el modo con que el demonio se quiso hacer señor de los corazones de estas gentes, con más y mayores ventajas de las que lo ha sido de todas las otras naciones, pues en comparación de esta mísera y desventurada, todas las otras quedan muy atrás, llevando ésta la palma, aunque con victoria ciega, en el horrendo modo y cruel acto de sacrificar hombres, de los cuales si se pudiera hacer cuenta cierta de los que desde su principio fueron, hasta que por la misericordia de Dios cesaron, tengo para mí que se pudiera poblar otro nuevo mundo, tan poderoso y cuajado de moradores, como lo era éste cuando entraron en él los españoles; el cual número sin número estaba en el infierno, haciendo y formando la república infernal que el demonio pretendió de ellos, para cuyo intento inventó este infernal uso y condenada impiedad digna de su cruel y tiránica condición.

Dando, pues, principio a este crudelísimo acto, digo que fue muy común y ordinario en estos indios de esta Nueva España, pero no siempre desde que comenzaron a habitarla sus primeros moradores, que fueron los chichimecas después de la ruina y asolación de los tultecas, a los cuales sucedieron en la posesión de sus tierras y montes, como en el libro de su origen dejamos probado,¹ porque estos dichos chichimecas no fueron muy cultores de el servicio de el demonio; y así, como no fue ninguna (o si fue alguna, fue muy poca su religión), así tampoco curaron mucho de buscar maneras de agradar a los dioses; y aunque después se mezclaron con los aculhuas, tampoco se dice de ellos que usasen este sacrificio, sino del ordinario y común a todas las gentes del mundo, que eran flores, humos, incienso y animalejos de algunas diferentes especies. El padre fray Andrés de Olmos, de la orden de mi padre San Francisco de quien en otras partes hago mención, dice en un escrito de mano que dejó de las antiguallas de esta tierra, que un indio viejo y muy discreto, a quien preguntó muchas cosas y le satisfizo en ellas según su buen discurso, llamado, después de bautizado, don Andrés, le dijo, cómo los chichimecas no tuvieron adoración ni sacrificios; y después de mezclados y revueltos con los aculhuas, gente cortesana y pulida, sacrificaron al sol y a la luna yerbas y otras cosas a este tono; pero que después que entraron los mexicanos en la tierra, trajeron

¹ Tomo I. lib. 1. cap. 16.

consigo los ídolos y enseñaron los sacrificios, hasta aquellos tiempos no conocidos por los moradores de la tierra, y después muy ordinarios y comunes en todos. Esto parece llevar fundamento de verdad, por lo que se sabe y dice de estas gentes haberles sucedido con su demonio e ídolo en el camino y peregrinación, por donde los traía ciegos y engañados, no en lo que toca a la posesión de la tierra, por ser de las mejores y más fértiles del mundo, sino por el engaño con que a ella los traía, para servirse de ellos con tanta opresión y trabajo, cuyo origen y principio fue éste:

Llegando los mexicanos a un puesto que agora se llama Tulla, venían muy disminuidos por las divisiones que habían hecho y gentes que habían dejado; por lo cual, y por venir cansados de la larga peregrinación, dicen, quiso el demonio que los guiaba, que se detuviesen en aquel sitio para que se rehiciesen de gente y bastimentos, asentando en un cerro que se dice Cohuatepec, donde estuvieron mucho tiempo. Puestos ya en aquel lugar, dijeron sus sátrapas y ministros que su dios les mandó que dijesen a los de su pueblo que cercasen el río que corre por las laderas y vertientes del dicho cerro, para que todas sus aguas se derramasen por las tierras llanas y se hiciese laguna y fértiles sus riberas, tomando enmedio el cerro donde estaban alojados y rancheados. Hecha la presa, dicen que se extendió el agua por todos aquellos llanos, haciendo una muy grande y hermosa laguna y cercáronla de sauces, sabinas y álamos blancos, y que se crió luego en sus márgenes y riberas mucha juncia, enea o espadaña y otras yerbas y flores marítimas y carrizales muy grandes y crecidos. Comenzaron las aguas a tener grande suma de pescado de diferentes maneras, y acudir y criarse allí muchas aves marinas, patos, garzas y otros pájaros, de que abunda agora esta laguna mexicana. Con esta variedad de cosas quedó aquel lugar muy hermoseado y lindo y sus moradores muy alegres de poseerle. Dicen que enojado el demonio, porque algunos indios se querían quedar en este lugar, les sacó los corazones y murieron muchos en una noche, con que les pareció a muchos ignorantes que quedaría el demonio aplacado; y desde aquel día fue el demonio adorado con aquel género de sacrificio, creyendo los míseros hombres que era el que más le agradaba, pues él lo había enseñado y aplacádose por aquel modo, y afirmaban que su dios no comía sino corazones.

Éste fue el origen y principio, entre estas gentes, de matar hombres y ofrecer los corazones al demonio; y de allí en adelante lo usaron muy frecuentemente; y el primer sacrificio que sabemos que hayan hecho fue, después de muchos años que había que estaban en la tierra de los aculhuas y chichimecas, junto de Culhuacan, dos leguas de Mexico, a la parte del medio día, donde sacrificaron cuatro cautivos xuchimilcas que prendieron yendo en conserva de los culhuas contra los dichos xuchimilcas (como en su historia se dice);² del cual hecho quedaron asombrados los moradores de la tierra que se hallaron presentes, los cuales hasta entonces no habían visto tal género de muerte, ni ofrenda hecha a los dioses.

² Tomo I. Lib. 2. cap. 2.